

Carlos G. Wagner

# Las drogas sagradas en la Antigüedad



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

© E. Carlos González Wagner, 2022  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-805-9  
Depósito legal: M. 5.608-2022  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

13	Introducción
21	1. Los conocimientos sobre fármacos y enteógenos en la Antigüedad: Los textos antiguos
22	Plantas y principios activos
22	1. <i>Cannabis</i>
28	2. Adormidera
37	3. Solanáceas psicoactivas
46	4. Eléboro negro
48	5. Harmaga
49	6. Hiedra
50	7. Cilantro y <i>artemisia</i>
52	8. Loto egipcio
53	Preparaciones
53	1. Inciensos y sahumerios
63	2. Pócimas y ungüentos
69	3. Mieles psicoactivas
72	2. Los conocimientos sobre fármacos y enteógenos en la Antigüedad: Arqueobotánica e iconografía
75	La Prehistoria
76	1. Los fosfenos y el arte prehistórico
80	2. La Península Ibérica como ejemplo cercano
83	La Antigüedad

83	1. Arqueobotánica e iconografía del <i>cannabis</i>
89	2. Arqueobotánica de la adormidera y la mandrágora
94	3. La adormidera en el registro iconográfico
98	4. Iconografía del loto egipcio
100	5. Representaciones de hongos psicoactivos
117	6. Imágenes entópticas y cultos extáticos en el arte minoico
124	7. Hidromiel y otras pócimas y brebajes
131	3. La hipótesis chamánica y los enteógenos
133	Antes de las ciudades o fuera de ellas
134	1. Ritual y comunicación simbólica
138	2. Espacio social y espacio sagrado
141	El chamanismo y sus técnicas
142	1. ¿Qué es el chamanismo?
148	2. Chamanismo prehistórico: Los fosfenos y el arte paleolítico
151	3. Vestigios de chamanismo en Oriente y Egipto
156	4. Trance, éxtasis y chamanismo en el mundo minoico
165	5. La cuestión del chamanismo entre los antiguos griegos
180	6. Roma e Italia
183	4. Mitos, rituales, trances y visiones
188	1. La diversidad de las prácticas rituales
195	2. La ciudad, el Estado y el control de las experiencias extáticas y visionarias
201	3. Trances, éxtasis y experiencia visionaria
209	4. Diversos tipos de visiones
219	5. Estados alterados y estados no ordinarios de conciencia

- 227 6. Neurociencia y bases neurobiológicas de los estados alterados de conciencia
- 241 5. Alimentos de los dioses
- 248 1. Soma y *Rig Veda*
- 255 2. La identificación botánica de soma
- 259 Los dioses que orinan el soma embriagador
- 262 La alternativa
- 265 3. La liturgia del haoma
- 269 4. La identificación botánica de haoma
- 271 5. El brebaje sagrado entre otros pueblos indoeuropeos
- 276 6. Néctar y ambrosía
- 283 7. Los hongos y la planta de la inmortalidad en los mitos griegos
- 297 6. El viaje arquetípico del héroe: Gilgamesh y la búsqueda de la inmortalidad
- 300 1. El guardián del Bosque de los Cedros
- 303 2. La Montaña de los Dioses y la identidad oculta de Humbaba
- 311 3. Un vistazo a los mitos griegos
- 316 4. Camino del Paraíso
- 322 5. En el Jardín de los Dioses
- 327 6. El barquero y las Aguas de la Muerte
- 331 7. Ut-Napishtim y el Diluvio: incienso y visión de los dioses
- 334 8. La planta que otorga la juventud
- 341 7. Centauros, sátiros, ménades y la primitiva religión dionisiaca
- 348 1. Sátiros y Centauros
- 355 2. Quirón

- 362 3. Heracles, Neso y Deyanira
- 364 4. Ixión
- 373 5. Dioniso como soma
- 379 6. El vino dionisiaco y el trance menádico
- 383 7. De los guerreros extáticos al simposio aristocrático
- 390 8. Plantas mágicas, hechicería, sortilegios y lican-  
tropía
- 391 1. Hierbas de Hécate
- 397 2. Plantas mágicas en papiros griegos
- 401 3. Lobos y licántropos
- 410 4. Licaón, Zeus *Lykeios* y los ritos arcadios de lican-  
tropía
- 420 5. Luperkos y Lupercalias
- 426 6. Licántropos, hechiceros y chamanes
- 429 7. Hombres-lobo y guerreros-fiera
- 439 9. Oráculos, augurios y vaticinios: profetas, extáti-  
cos y videntes
- 441 1. Profetismo extático en el Próximo Oriente
- 449 2. Oráculos y profetas de Astarté
- 454 3. Adón/Adonis
- 464 4. Oráculos de Tanit y *Dea Caelestis*
- 468 5. Baquíadas y sibilas
- 476 6. La mántica extática en Delfos
- 478 El *pneuma enthusiastikon*
- 482 La hipótesis geológica y los vapores intoxicantes
- 486 En busca de una explicación alternativa
- 491 10. Los misterios y la «inefable visión»
- 496 1. Las iniciaciones en los cultos místéricos
- 500 2. Eleusis y la inefable visión

506	3. El <i>kykeón</i> eleusino
514	4. La visión de los dioses
520	5. Rituales y misterios de Artemis
526	6. Plantas, visiones y conocimiento en los textos hebreos antiguos y el cristianismo primitivo
537	Epílogo
540	Notas
543	Bibliografía
581	Índice analítico





# Introducción

Desde que los seres humanos adquirieron, en la noche de los tiempos, la capacidad de concebir la existencia de un universo inmaterial en torno suyo, las experiencias que les proporcionaba el contacto con esa otra realidad y la posibilidad de llegar a percibirla se convirtieron en muchas ocasiones y circunstancias en el aspecto central de las vivencias religiosas. En sí mismas, tales experiencias no son más que el resultado de estados alterados de la conciencia o, si se prefiere, de un psiquismo extra-ordinario, que alcanza su punto más álgido en el llamado «trance extático». En palabras de E. Rohde (1973: 316):

En el éxtasis, liberación del alma de las ataduras del cuerpo y comunicación con la divinidad, al alma le nacen nuevos impulsos de los que nada sabe en su existencia cotidiana, cohibida como está en la envoltura de su cuerpo. Pero ahora

que vive en libertad como un espíritu entre los demás espíritus, alzada sobre el tiempo y sus limitaciones, el alma se encuentra en condiciones de lanzar su visión a cosas lejanas en el espacio, a donde solo pueden mirar los ojos del espíritu.

Este éxtasis, que se parece mucho a la experiencia mística, si no es la misma cosa, tan propicio para el encuentro y la comunicación con la realidad trascendente, con un mundo dominado por la presencia divina, requiere para su consecución de unas técnicas y prácticas adecuadas que pueden ser de muy diversa índole.

A lo largo de todas las épocas y en las más variadas culturas, los trances de éxtasis místico, la experiencia extática en sí, han sido inducidos por procedimientos destinados a aislar al individuo de la realidad circundante que percibe, alterando su estado de conciencia. Para ello existen diversos modos que se pueden emplear solos o que, más a menudo, se presentan en ciertas combinaciones: el ayuno prolongado, la privación del sueño y los sentidos, el ejercicio físico violento o desmesurado, la flagelación y la autotortura, la meditación y la autoconcentración, así como la ingestión de sustancias químicas que ejercen una acción determinada sobre el cerebro, alterando los niveles de percepción. Todos estos procedimientos pueden ser definidos globalmente como psicoactivos, ya que su finalidad no es otra que la de alterar el psiquismo ordinario, de activarlo para conseguir un estado de trance extático, un estado alterado de la conciencia.

De todos los mencionados, el uso de sustancias psicotrópicas o enteogénicas, frecuentemente de origen vegetal, fue ampliamente utilizado, aunque no en exclusiva,

por las sociedades primitivas y arcaicas (Furst, 1972; Schultes y Hofmann, 1982), en las que desempeñó un papel cultural que con frecuencia ha pasado inadvertido (Furst, 1976), así como por muchos pueblos de la Antigüedad. Ocurre, no obstante, que a menudo no se presta la suficiente atención al uso de las plantas enteogénicas y su significado en determinados ritos religiosos. Esto es particularmente cierto para el mundo antiguo, a pesar de la evidencia literaria e incluso arqueológica que no deja lugar para muchas dudas acerca del conocimiento que los antiguos tenían de tales plantas y sus propiedades sobre la mente, así como de su utilización en contextos mágico-religiosos.

Sin embargo, esto no siempre ha sido así. En la segunda mitad del siglo XIX y en la primera mitad del XX no es raro encontrar estudiosos de las diversas culturas de la Antigüedad que, en un momento dado, se plantearon la importancia que pudieron haber tenido las sustancias capaces de alterar los estados mentales en ciertas prácticas mágicas y religiosas. Tal es el caso del ya citado Rohde, pero también el de Mircea Eliade, el de De Felice, el de Snijder, arqueólogo alemán estudioso del arte cretense, o el de Godbey con un bien documentado artículo sobre el Próximo Oriente. Y eso en un contexto en el que los estudios farmacológicos no estaban tan desarrollados y, por supuesto, la Etnobotánica no había hecho su aparición como disciplina científica, pese a la indudable influencia de figuras como la de Aldoux Huxley y la de Robert Graves.

En 1943 Albert Hofmann descubrió por accidente los efectos del LSD, aunque la oleada psicodélica aún tarda-

ría bastantes años en llegar. Mientras tanto, la prohibición contemporánea sobre las drogas psicoactivas había comenzado el 1 de marzo de 1915 cuando entró en vigor la denominada Ley Harrison sobre Narcóticos que el Congreso americano aprobó el 14 de diciembre de 1914 y el presidente Wilson firmó tres días más tarde. Aunque tuvo que alterarse incluso la Constitución para prohibir el alcohol, en 1919 el Tribunal Supremo americano apeló a esta ley federal para prohibir los «narcóticos» y reclamar amplios poderes policiales a nivel federal en materia de «drogas peligrosas». El consumo de drogas se convirtió así en una cuestión de orden público que habría de alcanzar una magnitud desconocida a partir de los años sesenta, por lo que su estudio bajo el prisma de la Historia y la Arqueología parecía desaconsejable si uno no quería ser considerado sospechoso de simpatizar con los consumidores convertidos en delinquentes.

Así que, con el tiempo, los trabajos de Gordon Wasson, Schultes y el propio Hofmann se toparon no solo con la animadversión y la desconfianza del estamento académico, sino también, finalmente, con un clima de abierta hostilidad en la política y la judicatura, a pesar de la rica historia científica del LSD y los hongos visionarios antes de su demonización definitiva. Pese a todo, algunos estudiosos de la Antigüedad, ámbito que habría de quedar totalmente relegado de la posterior eclosión de estudios etnofarmacológicos y etnobotánicos, mucho más centrados en las culturas autóctonas de América, Asia y África, como Gabra, Labat o Kritikos, consiguieron aún publicar algunos pocos trabajos bien documen-

tados, si bien la mayoría trataban de la utilización y difusión del uso de la adormidera y el opio.

Cuando hace más de treinta y cinco años publiqué mi primer trabajo sobre el tema, los estudios sobre enteógenos en el mundo antiguo sencillamente no existían, a excepción de la magnífica obra de Wasson, Hofmann y Ruck sobre los Misterios de Eleusis, junto con un par de ensayos de Robert Graves sobre «Los dos nacimientos de Dioniso» y «La comida de los Centauros», y yo mismo tuve que ser precavido dada la incomprensión académica reinante. Así que a partir de entonces me dediqué a anotar y guardar escrupulosamente cualquier indicio que encontrara en la documentación sobre el uso de enteógenos en la Antigüedad, tarea en la que ocasionalmente también me ayudaron algunos colegas y amigos, mientras dedicaba la mayor parte de mi esfuerzo como profesor e investigador a otros temas mucho más ortodoxos y no tan mal considerados por los estamentos académicos imperantes.

Pasado el tiempo, había conseguido reunir varias carpetas llenas de material diverso: anotaciones sobre textos antiguos, información arqueológica e iconográfica, referencias bibliográficas, etc. Así que empecé a ordenarlo todo con el fin de poder publicar finalmente un libro. Además, parecía que el tabú imperante durante tanto tiempo empezaba a ser relegado y advertí con satisfacción que algunos jóvenes investigadores, de mi propio país y también extranjeros, empezaban a investigar y publicar sus trabajos en revistas científicas que antes dudosamente los habrían aceptado, y hasta hubo quien se atrevió a realizar una tesis doctoral sobre las drogas en la prehis-

toria de Europa, que finalmente se ha convertido en una publicación de éxito.

Hofmann, el químico responsable del descubrimiento accidental del LSD en los años treinta, y desde entonces un entusiasta investigador de los enteógenos, realiza una clasificación en analgésicos y eufóricos (opio, cocaína), sedantes y tranquilizantes (reserpina), hipnóticos (kavkava) y alucinógenos o psicomiméticos (peyote, cáñamo, etc.). Muchas de estas sustancias solo modifican el estado de ánimo, pero las del último grupo inducen cambios profundos en la percepción de la realidad, incluidos espacio y tiempo, y pueden llegar a provocar despersonalización. Si su efecto es el de trasladarnos a una realidad que se percibe más auténtica que el mundo habitual, una dimensión cargada de profundo significado religioso e impregnada de un sentimiento de lo sobrenatural, entonces se trata de un enteógeno.

Este término, un neologismo cuya paternidad se atribuye normalmente a C. P. Ruck, ha sido acuñado para definir con mayor exactitud la acción provocada por ciertos *pharmaka* en aquellos que los ingerían en el curso de algunas ceremonias que constituían el núcleo de muchos cultos místicos en la Antigüedad. La experiencia que provocaban difiere radicalmente del sueño narcótico causado por el opio o de la exaltación jubilosa que suele inducir el *cannabis*, también utilizados ritualmente con fines religiosos por los antiguos. Por el contrario, bajo el efecto de un enteógeno, el sujeto se mantiene despierto mientras perdura su influencia, inmerso en una experiencia que le será difícil explicar con palabras habituales. Un trance místico (un psiquiatra preferiría deno-

minarlo «excursión psíquica») que le produce un tremendo impacto anímico y espiritual, y que le aporta un tipo de certidumbre que por ninguna otra vía de conocimiento, salvo el duro camino emprendido por los ascetas, es posible alcanzar.

Deseo señalar que nadie va a encontrar aquí una mirada despreocupada sobre el actual uso indiscriminado de las drogas, ni tampoco un estudio de tipo esotérico sobre sus bondades al ponernos en contacto con «la otra realidad». Como materialista empírico y científico social, si es que se me permite la expresión, estoy mucho más interesado en el papel que pudieron llegar a jugar, mediante su manipulación o su prohibición, para ayudar a justificar una visión del mundo y la sociedad impuesta por las élites de turno, aunque ello no siempre resulte una tarea sencilla y en la que es posible que no siempre lo haya resuelto con éxito.

Quiero agradecer finalmente a los colegas y amigos que me han ayudado en este empeño, y especialmente a Sergio Remedios Sánchez, Ana de Francisco Heredero y David Hernández de la Fuente por sus respectivas y atentas lecturas del original, y sus correcciones y observaciones, si bien cualquier torpeza o error detectables son de mi única responsabilidad.





# 1. Los conocimientos sobre fármacos y enteógenos en la Antigüedad: Los textos antiguos

Ya que este es un libro escrito por alguien que ejerce el trabajo de historiador, será inevitable comenzar por el consabido capítulo destinado a los textos que nos han llegado desde la Antigüedad y que nos informan sobre los conocimientos que aquellas gentes tenían de las sustancias capaces de alterar los estados mentales, provocando lo que entendemos por trances y visiones. La mayor parte de los *pharmaka* y enteógenos utilizados en el mundo antiguo eran de procedencia vegetal. Los repertorios botánicos, los farmacológicos y los tratados médicos revelan muchas veces un acertado conocimiento de sus propiedades, que difícilmente pudieron haber pasado desapercibidas después de siglos de experimentación en el terreno de la magia, la medicina o la religión, que en ocasiones no eran sino una misma cosa. La distribución geográfica como factor más importante y, en segundo término, los contactos culturales explican su pre-

sencia y su difusión, tanto en Oriente y Egipto como en el mundo griego y romano, además de entre otros pueblos, como los escitas, los tracios o los germanos.

## Plantas y principios activos

### 1. *Cannabis*

El cáñamo es una planta fibrosa cuyos ejemplares hembra son los mejores productores de cannabinoides, los principios activos que, como el cannabidiol, el ácido cannábico, el ácido cannabinoico, el ácido cannabidiólico y el tetrahidrocannabinol o THC, se concentran particularmente en las resinas. El cáñamo, o al menos una de sus variedades (*Cannabis sativa*), fue, según los testimonios de que disponemos, una de las plantas cuyo uso estuvo muy difundido en la Antigüedad con el fin de obtener a partir de su consumo una experiencia extática. Las sustancias activas del cáñamo tienen propiedades analgésicas, y particularmente el THC es un poderoso agente psicoactivo.

Desde las orillas del mar Caspio y las regiones orientales de Irán, donde con mucha probabilidad habría tenido su origen la costumbre de utilizarlo como un medio de sumergirse en la «embriaguez sagrada», se extendió desde muy temprano a otras regiones. Los antiguos iraníes lo denominaron *bangha*, término que llegó a alcanzar una gran difusión por el Asia Central –apareciendo también en sánscrito como una planta santa extraída del Océano por el dios Siva y utilizada como atributo favorable para la meditación religiosa–, y significando tanto

la planta en sí como el preparado embriagante que de ella se extrae. Su néctar era, según la mitología hindú, la bebida favorita del dios Indra, y como tal fue cantada en los Vedas como uno de los néctares divinos, que otorgaba al hombre todo tipo de dones, desde salud y larga vida hasta visiones de los dioses.

El cañamo y sus propiedades eran bien conocidos en Mesopotamia (Thorwald, 1968: 170), donde los asirios lo denominaban *qunnabu* o *qunubu*, siendo mencionado en los textos de carácter médico y en la literatura religiosa:

Recetas de incienso de qunubu, consideradas como copias de versiones mucho más antiguas, se encontraron en la biblioteca cuneiforme del legendario rey asirio Assurbanipal, que reinó del 669 al 631 a. C. Los registros de la época del padre de Assurbanipal, Asarhadón, que reinó del 681 al 669 a. C., proporcionan una clara evidencia de la importancia de este tipo de sustancias en Mesopotamia, ya que qunubu está catalogado como uno de los principales ingredientes de los supremos «Ritos Sagrados». En una carta escrita en el año 680 antes de nuestra era a la madre del rey asirio Asarhadón, se hace referencia al qunubu. En respuesta a una pregunta de la madre del monarca asirio sobre «¿qué se utiliza en los Ritos Sagrados?», un alto sacerdote llamado Neralsharrani respondió que «los principales artículos para los ritos son aceite fino, agua, miel, plantas aromáticas y qunubu» (Bennett y McQueen, 2013: 74).

Según R. C. Thompson (1949: 220), fue conocido desde antiguo en el Próximo Oriente, donde era llamado *a-zal-la* en lengua sumeria y *azulla* en acadio, aunque es-

tos términos han sido más discutidos. Este autor también identifica la droga sumeria *gan-zi-gun-na* como un derivado del *cannabis*, habida cuenta de que se trata de un remedio para el dolor y una fuente de fibras vegetales, de su parecido con el hindú *ganja* y de que la palabra asiria *gurgurangu* parece también una referencia al mismo, dada su similitud con *garganinj*, el término persa para *cannabis*.

Aparece también mencionado en los textos de la farmacopea asiria y en tablillas de la misma procedencia, formando parte de ungüentos destinados a atraer la piedad y la protección de los dioses (Labat, 1950). Los antiguos egipcios lo conocían al menos desde la segunda mitad del segundo milenio a. C., aunque la palabra, *smsm*, aparece anteriormente en *Los Textos de las Pirámides* (Manniche, 1989: 82), si bien no todos están de acuerdo en identificarla con *cannabis*. El Papiro Ramesseum III contiene una de las más antiguas menciones, y las instrucciones sobre su preparación y directrices para el tratamiento también se pueden encontrar en el papiro médico Chester-Beatty VI (1300 a. C.), el Papiro Berlín (1300 a. C.), el Papiro Hearst (1550 a. C.) y el Papiro de Viena (220 d. C.), entre otros. También se ha defendido su identificación con el *kaneh bosm* de los textos hebreos antiguos, que formaba parte de las recetas para la elaboración del óleo para la unción sagrada y el incienso que se ofrece a Yavé todas las mañanas, ya que aquí también aparece al mismo tiempo como portador de propiedades psicoactivas y de fibras útiles en la vida cotidiana, lo que se adecua más con el *cannabis* que con la caña aromática (*Acorus calamus*), planta que también tiene propiedades psicoactivas

y que, igualmente, ha sido propuesta como *kaneh bosm* (Bennett y McQueen, 2013: 74 ss.).

Sus efectos como inductor de trances extáticos eran utilizados por pueblos como los escitas y los tracios, ambos claros ejemplos de pueblos «periféricos», y es muy probable, como interpreta M. Eliade (1982: 306), que el poder extático del cáñamo haya sido conocido por los getas, que vivían entre los Balcanes y el Danubio. Así, los *kapnobatai* –mencionados por Estrabón (VII, 3, 3), geógrafo griego de la época de Augusto, literalmente «los que caminan por el humo»– serían, muy verosíblemente, danzarines y hechiceros que utilizaban el humo del cáñamo para inducir sus trances extáticos. Quizá, aunque la identificación resulte aquí algo más problemática, se trate de cáñamo también la planta cuyo humo era inhalado, según nos narra Heródoto, en las ceremonias colectivas de los masagetas:

También se afirma que (los masagetas) han descubierto ciertos árboles que producen unos frutos con las siguientes características: cuando se reúnen en grupos en un lugar determinado, encienden fuego y, luego, sentados en círculo a su alrededor, los arrojan a las llamas, y mientras el fruto arrojado se va consumiendo, se embriagan al aspirar su aroma como los griegos con el vino; cuanto más fruta arrojan más se embriagan, hasta que acaban por levantarse a bailar y por ponerse a cantar (I, 202, 2).

¿Se trataba de cáñamo o de la planta conocida como «ruda siria», cuyas semillas al arrojarse al fuego producen efectos similares? Otros autores (Guerra Doce, 2006b: